

La juventud pasa

Arturo Fernández

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

A mí me parece que los artistas de cine—haciendo excepciones, naturalmente—son seres más o menos guapos, que viven explotando una dentadura, a veces hecha por un dentista. Menos mal que la nueva generación, en su mayoría, está formada por universitarios inteligentes que pensaron ante el espejo en la posibilidad de sacarle al rostro más partido económico que a unos conocimientos de Medicina mal retenidos o a unas leyes complicadas no muy bien sabidas.

La mayoría de los artistas de cine, en la conversación no suelen ser ni carne ni pescado; más bien, gente vacía y agraciada, que encuentra su paraíso mirándose en los espejos de los cafés.

Arturo Fernández, que con Pedro Anzola y un puñado de muchachos más pueden ser las esperanzas de nuestro cine, viene a este café Gijón, donde parece que el escritor tiene el café gratuito por el trato descortés que le dan, cuando, en realidad, lo paga más caro que en un Club de regatas de San Sebastián, y hasta se le hace pagar un terrible duro por un vaso que se le cae al suelo. Si el hombre no fuese un animal de costumbres, otro gallo le cantaría al escritor que hizo un café literario para que luego le sacasen los ojos.

Arturo Fernández viene al café Gijón. Arturo Fernández nace en Gijón, cerca de la playa. Naturalmente, a nuestro amigo le horroriza Gijón.

En 1950 termina Arturo Fernández la carrera de Perito mercantil. Como no cree en la poesía del comercio, una vez terminados los estudios se encuentra desorientado. La radio lanza la noticia de que se necesita un galán para la película "Bajo el cielo de Asturias". Arturo se presenta sin titubeos, con el convencimiento de que allí está su estrella.

—Fuimos a una prueba cuarenta y siete. De ellos quedamos dos, que interpretamos un papel cada uno. Por aquel simple hecho creí que todos los productores de Madrid se me ofrecerían; pero ¡sí, ya, ya! ¡Para qué te quiero contar! ¡Con decirte que hasta los seis meses no me fué posible pisar un "plató" porque no me admitía nadie!

El debut es cortísimo. Arturo Fernández se da cuenta de que lo que pretendía no era tan fácil como él se había imaginado.

—A continuación hice teatro de cámara, lo cual me sirvió para que Arturo Serrano me contratase para el Infanta Isabel, por seis meses, de los que guardo muy buenos recuerdos de ese teatro. Cuando más ilusionado estaba, el servicio militar. En este tiempo, Ra-



fael Gil me da un papel en "La guerra de Dios", lo que me sirvió para que confiase en mí artísticamente. Meses más tarde me lo confirmó, confiándome uno de los más importantes papeles de la película "El beso de Judas": el Apóstol Santiago.

Desde aquí todo marcha mejor. Pa-

pel en "El torero", coproducción francoespañola, con Danielle Darrieux; "La patrulla", "Las últimas banderas", "Mañana cuando amanezca". Tratos recientes con una productora francesa para ir a rodar a estudios franceses.

—¿Cómo acogió tu familia esta vocación?

—Francamente mal. Si quise lanzarme a ella tuve que prescindir de toda ayuda económica.

El porvenir. El incierto y misterioso porvenir. Siempre la preocupación, la insistente preocupación del porvenir.

—Quizá yo no confíe de un modo total; más aún al conocer el carácter poco lógico de mi profesión.

—¿Tienes deseos de irte al Extranjero?

—Si España me brinda la ocasión de ser, ¿por qué voy a marcharme? No obstante, siempre es beneficioso alternar el trabajo en distintos países, porque ello da universalidad al actor.

El matrimonio. Cara y cruz. Perjuicios y beneficios. Conveniencias e inconveniencias.

—Al actor, concretamente, ¿le beneficia?

—Según en la línea en que esté. Si es un galán, quizá le pueda perjudicar.

Y ahora entramos en la soltería, en ese estado provisional, colgado del clavo de la inseguridad, bailando en la cuerda floja de la improvisación.

—A veces se tiene nostalgia del hogar que no ha formado uno.

Viene el capítulo principal y capital del dinero. El capítulo que es siempre el principio y el fin de un hombre; a veces el fin y a veces sólo el principio.

—El joven actor ¿gana dinero?

—Si hay una continuidad, sí; pero como generalmente hay unos paréntesis entre película y película, es un poco relativo. Los sueldos de las "estrellas" son muy altos. Cuando los nombres son conocidos, pueden oscilar entre cuarenta mil y medio millón. Hay algún caso especial en el que se ha pagado hasta un millón. La lástima es que no exista un minimum obligatorio por lo que pudiéramos llamar un papel estelar cuando éste lo desempeña un actor desconocido, pues la diferencia económica entre que lo desempeñe un actor desconocido a un actor conocido es inmensa. En cambio, en Italia y en México, por ejemplo, hay una cantidad establecida e importante que no se puede rebajar nunca. Si el que va a hacer el papel es una figura conocida, puede pedir lo que se le antoje por encima de esa cantidad.

—¿Qué le es necesario al artista en el "plató"?

—Saber perfectamente dónde está, y, sin embargo, olvidarse de dónde se encuentra.

Recuerdos de la primera vez que pisa Arturo Fernández un "plató"

—Yo tenía una idea distinta de los estudios de cine a lo que son en realidad, y, por tanto, me decepcioné. Fué como verle las tripas al cine. Un "plató" es un gran recinto de techos muy altos, de paredes desnudas, bastante inhóspito, por lo general.

—¿Cómo ven los jóvenes a esos viejos actores llenos de sortijones y de aparato?

—Viejos. Y hablando demasiado del pasado. Si quieres, un poco como la letra del bolero "... de lo que pudo haber sido y no fué..."

Aspiraciones y esperanzas. Capítulo interminable, apretado de conceptos.

—Pretendo superarme cada día, y espero, como premio, ser pagado como corresponda a mi valer personal.

Y ahora, cuando ya vamos a marcharnos del café, entramos en las complicadas consideraciones sobre el cine español.

—Yo lo veo lleno de nubes, pero me llena de esperanza el ver que el sol sale de vez en cuando. Espero que el cielo esté azul algún día.

Arturo Fernández se va a rodar, y nosotros, a examinarnos, como todos los días, delante de la máquina de escribir.

22.VII.54